

# Tras las huellas de un periodismo “desaparecido”<sup>1</sup>

César L. Díaz

Profesor en Historia y licenciado en Historia de la UNLP. Docente y Investigador de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social.

<sup>1</sup> El presente artículo forma parte de un libro en preparación.

<sup>2</sup> Puede consultarse entre otros: Bruno Groppo y Patricia Flier. (Comp.) La imposibilidad del olvido. Recorrido de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay. La Plata, Ediciones Al Margen, 2001; Ludmila da Silva Catela. No habrá flores en la tumba del pasado. La Plata, Ediciones Al Margen, 2001

<sup>3</sup> Concepto utilizado por Alejandro Solomianski. Identidades secretas: la negritud argentina. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2003.

<sup>4</sup> Véase Ricardo Etchegaray (dir). Control y dominio en los medios de comunicación en la Argentina. La Plata, Ediciones Al Margen, 1999, p. 132.

## Introducción

Actualmente, los estudios sobre la “memoria”, tanto en la Argentina como en Latinoamérica<sup>2</sup>, han adquirido una significativa dimensión y, sobre todo, los centrados en la década del setenta, pues tratan de rescatar la “memoria del horror”, tarea harto difícil porque a todo cuerpo social le cuesta asumir un pasado doloroso. En nuestro caso deseamos recorrer un camino cuyo objetivo primordial es “recuperar” “la memoria del olvido”. Esta noción lejos de concebirlos como pares opuestos, los considera como una suerte de simbiosis, que permitirá volver la mirada al pasado para construir nuevos saberes.

Nuestro país posee un periodismo secreto, “desaparecido” por la historiografía y que el nuevo campo de la comunicación necesariamente debe incorporar al imaginario colectivo para que al parafrasear a Homero Manzi, uno de nuestros grandes poetas, impidamos, de algún modo que, “*el olvido que todo destruye*” continúe erosionando nuestro acervo cultural. Consecuentemente esta memoria de la comunicación que está en plena gestación tiene desafíos muy interesantes, pues deberá, por un lado encontrar estos “ocultos” materiales y por el otro, deberá estudiarlos a la luz de nuevos enfoques. En suma, esta memoria comunicacional evitará un nuevo “*Genocidio discursivo*”<sup>3</sup>.

El periodismo gráfico como medio masivo de comunicación y como productor de realidad social, constituyó y constituye una de las herramientas culturales más eficaces para construir el horizonte nacional. Existen teorías que sostienen que la comunicación es el ámbito del conflicto de las interpretaciones siempre e inevitablemente en pugna. Queda claro, entonces, que en todo momento se trata de observar cómo a través de la comunicación se pone y lleva adelante un proyecto o se viabiliza todo un mundo de la vida que entra en diálogo y pugna con otros. Así queda claro, también, que la comunicación es un campo donde se constituyen las identidades, campo de la identificación, siempre contingente y en proceso, que destaca el status polémico y a la vez crucial del medio<sup>4</sup>.

En efecto, la prensa gráfica ha sido uno de los ámbitos en que más se han manifestado y discutido cotidianamente las ideas de cada momento histórico. Creemos conveniente precisar que entre la historia y el periodismo hay una relación dialéctica, las distintas coyunturas históricas han dado lugar al nacimiento de diversas publicaciones periódicas y, a su vez, éstas, han influido de manera decisiva en distintos hechos del devenir histórico. En otras palabras, la sociedad al sufrir transformaciones, modifica a su vez a la prensa, la que luego provoca nuevos cambios en la sociedad. También es sabido que los periódicos, frecuentemente, sirvieron, entre otras cosas, para deponer gobiernos, promover el ascenso de determinadas personas al rango de funcionario, orientar la opinión pública. En este último sentido, más precisamente en momentos de la formación y consolidación del Estado Nacional, los grupos dirigentes utilizaron como aglutinadores no sólo a la educación obligatoria, laica y gratuita, sino que también hicieron lo propio con el periodismo. Obviamente que la utilización de la prensa como herramienta gravitante en la forma de pensar de sus eventuales lectores, no fue privativo sólo de los grupos dominantes, si-

no que además otros grupos poseyeron publicaciones escritas tales como: obreros, inmigrantes, religiosos, literarios, etc. Todos ellos, percibieron con nitidez la enorme influencia del periódico como "actor político". Entendemos como tal, a todo actor colectivo o individual capaz de afectar el proceso de toma de decisiones en el sistema político. El periódico es un actor político de naturaleza colectiva, cuyo ámbito de actuación es el de la influencia, no el de la conquista del poder institucional o la permanencia en él<sup>5</sup>.

En este estudio nos proponemos indagar cómo el periodismo coadyuvó en la configuración de la identidad nacional, pero centralizando su enfoque en una prensa muy particular y, hasta hoy, prácticamente desconocida, o lo que resulta peor aún, subestimada. Si bien es cierto que la "negritud" argentina ha sido destinataria de múltiples investigaciones<sup>6</sup>, es igualmente cierto, que su prensa todavía está esperando ser objeto de análisis más exhaustivos<sup>7</sup>. Máxime sí se tiene en cuenta la trascendencia que posee nuestra prensa afroargentina producto de constituir la pionera en su género a nivel mundial.

Un importante exponente fue, sin duda, *El Proletario* que, por múltiples motivos, sobresalió dentro del universo periodístico argentino como un vigoroso impulsor de nuestra identidad, representante de una porción de la población que supo dejar profundas improntas de su cultura en el proceso de construcción identitaria nacional. En consecuencia, nos detendremos en la visión que define al periódico como: "*una plataforma que hace posible transmitir opiniones y escuchar voces escuchadas. O como un medio de control presentado según las imágenes más variadas: integración, señalización, filtro y pantalla o barrera*"<sup>8</sup>. En nuestro caso, utilizaremos sólo la de "integración" proclive al consenso y la de "señalización" que dirige la atención hacia aspectos seleccionados de la realidad.

### *La situación política y periodística en la década de 1850*

---

Luego de la caída de Juan Manuel de Rosas, el espectro político cobrará otra dimensión, acorde a los protagonistas que asumirán el poder en la provincia de Buenos Aires. Según lo expresa Lettieri<sup>9</sup> ese orden político surgido de las cenizas de la batalla de Caseros, habría adquirido, en realidad, las características de una verdadera "República de la Opinión", expresión de la síntesis entre un nuevo consenso sociopolítico entre retornados liberales, ex rosistas y las elites socioeconómicas, más el respaldo militante de una naciente opinión pública, que no tardaría en ser reconocida universalmente como fuente irrecusable de la legitimidad de esa nueva dirigencia. Ese proceso que culminará en la configuración de la nación argentina, sin duda, tuvo un espacio gravitante, la provincia de Buenos Aires y un tiempo determinado, los inicios de la década de 1850. Sin embargo, para una mejor comprensión de nación e identidad no debemos desconocer los incipientes componentes (comunidad soberana, individuos-ciudadanos, pertenencia de grupo, civilización) que se presentaban en el conjunto de la sociedad.

Debemos recordar que para indagar respecto al concepto de nación adoptamos el sostenido por Benedict Anderson<sup>10</sup>, quien la concibe como una construcción imaginaria a partir de la comunidad de pertenencia. Sobre esta base se podría sugerir la posible existencia de una nación identitaria anterior a la construcción del Estado nacional. En tal sentido, Pilar González Bernaldo<sup>11</sup> ha manifestado que la nación como sociedad de individuos cohabitaba con una concepción organicista de la soberanía que prolongaba el proceso constitucional hasta mediados del siglo XIX. Pero en el imaginario social de la época, es decir en ese universo de lectura que daba inteligibilidad a las acciones, una nueva representación social se forjaba al ritmo de los acontecimientos

<sup>5</sup> Héctor Borrat. *El periódico, actor político*. Barcelona, G. Gili, 1989, p. 10.

<sup>6</sup> Puede consultarse un completo estado de la cuestión en Daniel Schávelzon. *Buenos Aires negra. Arqueología histórica de una ciudad silenciada*. Buenos Aires, Emecé, 2003.

<sup>7</sup> La historiografía argentina cuenta con dos análisis sobre este tema: Georges Reid Andrews. *Los afroargentinos de Buenos Aires*. Buenos Aires, ediciones de La Flor, 1989, Capítulo 10 y César Luis Díaz. "Los negros porteños, también hicieron periodismo". En *Revista de Historia Bonaerense*. Instituto Histórico del Partido de Morón. Año IV, N°16, marzo, 1998, pp. 13-15

<sup>8</sup> Héctor Borrat. Op. cit., p. 30.

<sup>9</sup> Alberto R. Lettieri. *La República de la opinión. Política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*. Buenos Aires, Biblos, 1999.

<sup>10</sup> Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

<sup>11</sup> Pilar González Bernaldo. "La identidad nacional en el Río de la Plata post-colonial. Continuidades y rupturas con el Antiguo Régimen". En: *Anuario IEHS*. n° 12, 1997, p. 113.

tos políticos. La nación invocada era la sociedad soberana, entendida como comunidad de individuos-ciudadanos. Ello no cambiaba, sin embargo, ni las realidades del poder, ni las múltiples pertenencias de la población, pero provocaba esta profunda mutación cultural que hacía posible primero el advenimiento de la nación como sujeto de soberanía y luego como pacto constitutivo de la sociedad. Pero fue, sobre todo, a través de la noción de civilización, que la identidad criolla imprimió sus rasgos étnicos a la nación identitaria. En efecto, la civilización suponía una pertenencia a la cultura occidental, que aunque implicara la identificación a valores universales estaría asociada a una pertenencia étnica. Claro que se trataba de valores que se podían compartir sin condiciones étnicas aparentes. Sin embargo, cuando un conflicto enfrentaba a dos grupos étnicos, entonces la civilización era sistemáticamente identificada con la acción del grupo etnocéntrico -los criollos-.

La nación identitaria había emergido, no obstante, era necesario que adquiriera ciertos rasgos para ser reconocida por el conjunto de la población argentina. La nueva coyuntura política, surgida a partir del 3 de febrero de 1852, había favorecido un rasgo característico de los nuevos tiempos la formación de una esfera pública de tono burgués -estrechamente vinculada al proceso de modernización socioeconómica de la ciudad-, que comprendió el desarrollo de una nueva sociabilidad asociativa -clubes de ocio, salones de lectura, asociaciones profesionales, etc.- sumada a la práctica activa y generalizada de cierta forma de participación pública, informales y complementarias del sufragio como movilización pública y la prensa escrita, la cual experimentó entonces una verdadera explosión.

De modo que esa esfera pública y sus emergentes, la sociabilidad y movilidad pública se desarrollaron en un nuevo escenario sociopolítico: la caída del régimen rosista, la secesión de la provincia de Buenos Aires de la Confederación, la jura de la

Constitución de 1853, entre otros sucesos<sup>12</sup>. De la conjunción de los factores antes expuestos surgirá como legitimadora de un nuevo consenso sociopolítico la prensa escrita. Sin duda, la irrupción de las numerosas publicaciones periódicas, darán feahiente cuenta de las transformaciones producidas en esta región. De ese amplio abanico, nuestra atención se centrará en los órganos representativos de los hombres y mujeres cuyos antepasados fueron esclavos, no sin antes bosquejar el universo de la prensa porteña de ese momento.

La historia del periodismo argentino es muy prolífica y desafortunadamente poco conocida, sobre todo, el periodismo practicado por los afroargentinos<sup>13</sup>. Es indudable que durante el período que se extiende desde la batalla de Caseros a la batalla de Pavón se produjo una suerte de despegue periodístico, producto de esa "República de la Opinión" que, en su interior, experimentaba modificaciones por el consenso y sus consecuencias en el universo de la opinión, sostenida a través de los límites y garantías para el ejercicio de las libertades civiles y políticas, la presión sobre la prensa, el ahogo financiero, los límites a la libertad de imprenta, etc. Precisamente bajo esta condición no sólo aparecieron innumerables publicaciones sino que su variedad fue llamativa.

### La prensa afroargentina

La prensa afroargentina, aunque prácticamente desconocida, posee una significativa importancia dentro de la historia argentina, en general, y de la del periodismo en particular. En efecto, existió una considerable producción de títulos pertenecientes a los morenos, más de veinte entre revistas y periódicos, aparecidos en su totalidad durante la segunda mitad del siglo XIX. Pero, sobre todo, esta prensa tiene una enorme trascendencia por ser la pionera en el mundo. Recuérdese que en nuestro país se abolió la institución de la esclavitud, incluso, antes que en Estados Unidos (1865) y que en Brasil (1888).

<sup>12</sup> Para profundizar acerca de esta década puede consultarse María Saénz Quesada. *El Estado rebelde*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982; James Scobie. *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina 1852-1862*. Buenos Aires, Hachette, 1964.

<sup>13</sup> En los libros específicos de la historia del periodismo, solamente se encuentra la mención de las dos primeras hojas impresas de los negros. Véase: Oscar Beltrán. *Historia del periodismo argentino*. Buenos Aires, Sopena, 1943; Juan R. Fernández. *Historia del periodismo argentino*. Buenos Aires, Perlado, 1943; Celedonio Galván Moreno. *El periodismo argentino*. Buenos Aires, Claridad, 1944. En cambio ni siquiera es mencionado por Carlos Ulanovsky. *Parén las rotativas*. Buenos Aires Espasa, 1997.

Como bien sostiene Hilda Sábato “tener un diario fue una necesidad no solamente para los dirigentes y aspirantes a dirigentes políticos, sino para cualquier persona o grupo que quisiera tener presencia pública, presionar por sus intereses, defender una opinión”<sup>14</sup>. Así por ejemplo, las dirigencias de los afroargentinos percibieron rápidamente el papel que podía jugar la prensa escrita y contribuyeron a incrementar su importancia. Desde muy temprano, fundaron sus propios periódicos que se proponían representar sus intereses y opiniones, pero fueron además instrumentos decisivos en la lucha librada por esas dirigencias en el proceso de construcción y control de sus comunidades. En ese sentido, su actitud no era meramente pasiva, informativa; ellas producían opinión, contribuyendo así a dar forma a la esfera pública.

#### El proletariado en la búsqueda de la identidad nacional

Consideramos que *El Proletario* fue el precursor periodístico perteneciente a los morenos que buscó con un marcado afán insertar, de un modo definitivo, a todos sus hermanos en el proceso configurador de la identidad argentina. Realizamos esta aseveración por diversas razones. En primera instancia, este periódico nunca utilizó palabras tales como: “negro”, “raza” evidenciando, de esa manera, la firme intención de sumarse al proceso, pero sin sentirse inferiores por el color de su piel, ni tampoco proporcionar a los eventuales detractores elementos para que los consideraran “diferentes”, error en que habían incurrido sus antecesores inmediatos tanto *El negrito de la Aurora* (1833) como *La Raza Africana* o *El Demócrata Negro* (1858). Asimismo poseían una particular visión de la sociedad, definiendo a los “otros” como: “clases elevadas de la sociedad, “clase acomodada”, etc. Mientras que se autopercebían como “clase de color”, “gremio de color”, “hombres de color”, “nuestra comunidad”,

“clase proletaria”, etc. El semanario, obviamente, no ignoraba que la población afroargentina continuaba atravesando un desalentador momento - educativo, social, económico-. Por ese motivo, llamaba incesantemente a la unión de los morenos y, sobre todo, con el fin de que apelaran a la educación como herramienta decisiva para salir de esa incómoda condición<sup>15</sup>.

Por otra parte, resulta interesante destacar que el discurso de *El Proletario* suscribía a la metáfora “civilización o barbarie”, introducida en el universo intelectual de la época por D. F. Sarmiento. Esta particular cosmovisión impulsaba al medio a conferirle a los aborígenes y a algunos federales, el mote de “bárbaros”<sup>16</sup>. Razón más que suficiente para insistir constantemente en que la educación constituía la única vía de ingreso a la “civilización”. Dicho en otros términos, a través de la educación, de la asociación, del no sentirse diferentes integrarían el proceso de construcción de la identidad argentina.

#### A) Breve semblanza de El Proletario

Esta publicación dirigida por y para la “gente de color” defendía fervientemente los principios democráticos y liberales. En sus páginas, escribían todas las personas que lo desearan, entre las que se contaban las mujeres, -quienes tenían escasísima participación en todo aquello que no fueran las tareas domésticas-, los que no sabían “escribir” -como se verá más adelante- e, incluso, aquellos que sostenían opiniones contrarias a la línea editorial del semanario.

Este hebdomadario subtítulo *Periódico semanal, político, literario y de variedades* bajo la responsabilidad de Lucas Fernández, apareció por primera vez el 18 de abril de 1858. Merece destacarse que el surgimiento de esta hoja impresa produjo ciertos resquemores en el mundillo periodístico porteño. Por ejemplo *El Nacional*, tres días después de la aparición de *El Proletario* objetó el nombre de la pu-

<sup>14</sup> Hilda Sábato. “Ciudadanía, participación política y la formación de una esfera pública en Buenos Aires, 1850-1880”. En: *Entrepasados*. Año 4, N° 6, principios de 1994, pp. 74.

<sup>15</sup> Este tema también era tratado por el periodismo de negros en los Estados Unidos, especialmente luego de la guerra civil (1865) “fundaron periódicos para que sirvieran de educadores a las masas liberadas de la esclavitud”. Véase George Weil. *El Periódico*. México, Fondo de Cultura Económica, 1941, pp. 209

<sup>16</sup> Un ejemplo de esta particular cosmovisión se puede apreciar en la sección de entretenimiento. *Sí-miles*: “¿En qué se parece Cal-fucurá al indio que está sobre la botica de este nombre? En que los dos son brutos. ¿Y estos dos a Urquiza? En que los tres son salvajes”.

blicación. La respuesta no se hizo esperar, su responsable se apresuró a señalar *"nosotros no venimos a defender proletarios, esta clase propiamente dicha no la hay entre nosotros. Venimos a promover nuestros propios intereses: los de color"*. Como a todas las publicaciones de la época, se la adquiría por medio de una suscripción, en este caso, el precio era de 10 pesos mensuales. Su director, Lucas Fernández, estaba a cargo de los editoriales. *El Proletario* contaba con notas de opinión donde participaban aquellas personas de color que así lo desearan. Asimismo, contenía información general y secciones denominadas *"Hechos Diversos"* y *"Variedades"*. Constaba de 4 páginas a 3 columnas cada una. La primera y segunda página estaban divididas en superior e inferior. En esta última parte y en ambas hojas aparecía el folletín *"Los jesuitas y el clero cordobés"*. La vida de esta publicación fue breve, circuló por última vez el 16 de junio de 1858. Su colección esta constituida por 8 números<sup>17</sup>.

Respecto a los objetivos trazados por el director del periódico, se explicitaban en la nota editorial del primer número *"nuestras miras y propósitos, al fundar El Proletario, son puros y benéficos: el bien y el porvenir de nuestra comunidad. Venimos a llenar una imperiosa necesidad sentida por la clase paciente; la clase de color, en cuanto nos lo permita nuestras escasas fuerzas y aptitudes y para ello no hemos dudado en volver otra vez a la publicidad, casi siempre ingrata y azarosa del periodismo"*.

Si bien, Lucas Fernández tenía muy claro lo que beneficiaba a la clase de color, no ignoraba cuál era el modo más idóneo de hacerlo, al sostener enfáticamente la necesidad de poseer *"un órgano que le sea peculiar y propio, para que así se promuevan y dilucidan por medio de él los intereses y cuestiones de la comunidad de color, y para que él la ilustre y la anime en sus dudas y temores"*. Luego el periodista manifestaba que la protección de dicho órgano de prensa llegaría a todos los afroargentinos sin excepción de ninguna naturaleza. Más adelante rema-

taba su idea acerca de los favores que brindaba disponer de una herramienta tan inestimable *"para que vigile y propenda todo aquello que tienda a su bienestar y adelanto material y moral"*. Ya en el primer editorial se puede verificar la clara intención del periódico de posicionarse como el portavoz de la esfera pública afro<sup>18</sup>. Sin embargo, no ignoraba que para lograr dicho objetivo: *"debe reunirse y asociarse toda la comunidad de color sin excepción de personas bajo la conducción de sus hombres más competentes, porque no carece absolutamente de ellos y tratar y discutir sus necesidades y buscar los medios de llenarlas. Todos los hombres de color deben hacerlo, y el que no lo haga así traiciona y abandona sus intereses propios y los de sus hijos, y pierde ya con justicia el derecho de quejarse de su situación y porvenir sin la asociación, no hay nada, nada puede el hombre aisladamente y entregado así propio"*.

Otro de los propósitos de *El Proletario* era la difusión de las ideas liberales que imperaban en el mundo civilizado, y de las que el Estado de Buenos Aires se jactaba de llevar adelante hasta sus últimas consecuencias. El semanario las explicitaba al afirmar *"contribuiremos así mismo al mayor respeto por las instituciones que el país se ha dado, y por sus autoridades constituidas"*. Agregando, a continuación, que el apoyo brindado a las ideas liberales y a las instituciones democráticas de ninguna manera sería incondicional, y que se hallaba dispuesto a *"designar y atacar los abusos que éstas cometan en el ejercicio del poder, y de acusar ante la opinión pública sus transgresiones a la ley"*. De este modo, se evidenciaba la intención de que el semanario oficiara, también, como herramienta de presión ante el poder político. Vale decir que actuaría en el rol de cuarto poder.

#### A. 1) El periódico como continente

*El Proletario* aspiraba a aglutinar entorno suyo a la mayor cantidad de intereses posibles. Es por ello

<sup>17</sup> El único repositorio de nuestro país que lo posee es la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata. A cuyo personal agradecemos por los servicios prestados.

<sup>18</sup> Esta noción la ampliamos en el libro que se haya en preparación.

que no dudó en convocar a las mujeres, a los anal-fabetos, a los disidentes, etc. con el natural propósito de generar un fuerte consenso y así legitimarse ante la opinión pública.

La presencia femenina en las columnas<sup>19</sup>, de este hebdomadario fue promovida a través del artículo "A nuestras bellas", inserto en su primer número. Allí se invitaba, muy cortésmente, a las damas de color a que acercaran sus inquietudes. Ante tan gentil ofrecimiento las mujeres le solicitaron, mediante un suelto - probablemente el primero escrito por una afroargentina-, al director "que no sea tan austero o serio; que visite las reuniones y tertulias para que nos de cuenta de lo que vea de bueno en ellas, estimule con máximas morales, del porte de la gente ilustradas cuando se hallan en tales casos; pues creemos que esto es muy necesario entre nosotros, tanto para los caballeros como para nosotras mismas, lo confesamos porque somos francas; y al mismo tiempo nos hará más agradable la lectura". Por supuesto que, el editor supo satisfacer esta demanda y proporcionó, de allí en más, crónicas sociales con el fin de fortalecer el concepto de sociabilidad, elemento imprescindible de la esfera pública. Cabe destacar además, que el 4 de mayo se publicó un diálogo cuyas protagonistas eran dos mujeres, quienes intercambiaban ideas sobre lo trascendental que era para la "gente de color" tener un órgano de difusión como *El Proletario*.

Entre las estrategias para captar voluntades con el propósito de integrarlas, el periódico sostuvo una singular propuesta: "hacer comunicados, por aquellos que no sepan escribir y tengan necesidad de ocuparla. En cuyo caso queda a voluntad del servicio la remuneración del servicio". Al mismo tiempo explicitaba los destinos que tendría la donación recibida por dicha prestación que sería adjudicada "a objeto de beneficencia en provecho del gremio y de la humanidad; publicando enseguida el nombre y calidad del donante".

Como hemos referido más arriba, habitualmente, los disidentes de cualquier publicación recurrían a otros medios para hacer oír sus cuestionamientos. Entre otros órganos de publicidad, *La Tribuna*, de los hermanos Varela, servía de soporte a aquellos miembros de la comunidad que discrepaban con las opiniones vertidas por *El Proletario*, respecto a ciertas costumbres, a la manifiesta iniquidad existente en la educación impartida a los negros, a lo inconveniente que resultaba el lujo, etc. Modalidad ésta que el periódico de Lucas Fernández rompió al proponerles a sus opositores que no recurrieran a otros medios, sino que lo hicieran en el órgano de la comunidad afroargentina. "Ante todo, diremos, que habríamos deseado se nos hubiese dirigido a nosotros directamente, para darle publicidad en nuestro periódico, donde debía aparecer su contestación; pues así podrían haber formado un juicio recto que nuestros lectores que no leen *La Tribuna* y vice-versa, acerca de ella: lo que de otro modo es difícil, sino imposible. Al menos tal es la práctica más general y razonable. Y añadiremos también, que interrumpimos parcialmente por esta vez la prosecución de nuestros trabajos para ocuparnos de rectificarlas, y dar así una prueba de deferencia y consideración a su autor, porque ellas están formuladas con altura y dignidad". La inusual invitación obtuvo una inmediata aceptación por parte de Rosendo Mendizábal, cuya respuesta fue insertada en el número siguiente. Esta actitud demostraba que la política de consenso llevada adelante por L. Fernández obtenía resultados benéficos en pos de la idea rectora de aglutinar a los afroargentinos coadyuvando, de esta manera, a la construcción de la identidad nacional.

#### B) El Proletario y su prédica integracionista

En este apartado procuraremos recorrer el andamiaje comunicacional diseñado por *El Proletario*, con la finalidad de conseguir que sus lectores juga-

<sup>19</sup> Puede consultarse César L. Díaz. "El día de la mujer y la incursión en el periodismo de una porteña de color". En: *El Día*, La Plata, 8 de marzo de 1994.

sen un papel protagónico en el proceso de construcción identitario argentino.

Es evidente que el hebdomadario había nacido con el firme propósito de contribuir a una definitiva integración de los descendientes del continente africano, en un nuevo orden político, cultural, socioeconómico que reclamaba la participación, la sociabilidad, a través de la legitimación institucional, en definitiva, formar parte de la esfera pública. Con tal objeto, construyó un discurso tendiente a inducir a los afroargentinos en la idea de mantener una publicación que les fuera propia. *"Sí nada de esto podéis hacer sin la propaganda de los principios que autorizan, de la palabra que anima, de la discusión que ilustra, de la justicia y necesidad que mandan, de la razón que convence; y si para todo esto necesita absolutamente de la prensa, convenid entonces en la necesidad que tenéis absoluta también, de sostener un periódico dedicado al sólo objeto de ilustraros en vuestros intereses y cuestiones, informes y oscuros todavía". Seguidamente, el agudo periodista, le imprimía nuevos bríos a su prosa y advertía: "¿no veis la alta honra que os reportaría de ser los primeros y únicos en el mundo que alimentareis un periódico en la prensa, exclusivamente de vuestra propiedad, atrayéndoos a la vez la simpatía de toda la gente ilustrada y de corazón, y la gratitud y reconocimiento de todos vuestros hermanos beneficiados, y del país en general, y hasta de las clases altas de la sociedad, desde que dabais así un incontestable testimonio de su filantropía y liberalidad? ¿no veis el servicio que prestaríais al país y a la causa de la humanidad y la civilización con esta empresa?".* Con estas preguntas retóricas, Lucas Fernández procuraba desnudar la inmejorable oportunidad de integración que, los afroargentinos, tenían al alcance de su mano.

Periodismo y educación constituían dos pilares decisivos para que los afroargentinos ingresaran plenamente a la "comunidad imaginada". Sin embargo, el editor no desconocía que estos sostenes

llevarían a buen puerto la empresa, si la gente de color poseía su propio órgano de expresión. De ahí, la imperiosa necesidad de interpelar a sus lectores: *"¿Qué haréis sin un órgano en la prensa? ¿Propondréis a su educación? ¿Cómo vais a realizar ese milagro sin demostrar a esos pares omisos la conveniencia, que tienen de hacerlo? ¿Y cómo haréis para demostrárselo? ¿Vais a ir casa por casa para tal efecto, o vais a recurrir a La Tribuna, El Nacional o Los Debates o al Orden o a La Reforma? Pero esto es predicar en desierto, porque no os oirán; y no os oirán, porque no leen esos periódicos; y predicar en desierto es sermón perdido; y lo otro, es imposible".*

Como hemos expresado, la educación constituía otro de los recursos discursivos que el órgano afroargentino consideraba como puntal esencial en la participación de la construcción identitaria. Esta prédica sistemática comenzaría a desarrollarla a partir de su primer número cuando enunciaba: *"la educación de nuestros hermanos de color, es, pues, uno de nuestros principales tópicos, y que nos ocuparemos con constancia, para aprovechar ese germen de porvenir que le impregna y que no necesita sino una mano benéfica y protectora que les abra las puertas cerradas; hasta aquí por intereses bastardos para que se desarrolle y fructifique; en ello hacemos un positivo servicio al país, que no nos detendremos en demostrar porque es palpitante y está al alcance de todos; pues para comprenderlo basta ver la distancia que hay de un hombre bárbaro a otro civilizado, y lo que de uno y otro puede prometerse y esperarse".*

En efecto, el país como bien decía, este "actor político" debía tener cifradas esperanzas en que se produjera una plena integración, pues contaba con una invalorable ventaja: su Constitución, que les confería a todos sus habitantes -varones- el rango de ciudadanos. A tal efecto empleaba para persuadir a sus interlocutores que esta realidad era posible un mensaje basado en un razonamiento deductivo: *"hoy principalmente, que comienza a hechar raíces*

*entre nosotros recién por primera vez, las instituciones democráticas y las ideas de libertad conviene que se popularice también y echen raíces las ideas de verdadera igualdad; y que se hagan efectiva; porque tras ella vendrá la educación de la clase de color, y como consecuencia de ésta, el afianzamiento de ellas. Pero esto no quiere decir tampoco que nuestros hermanos se echen a esperar a que les hagan el bien. No, ellos deben hacer y propender de su parte también para alcanzar o: con tanto más deber, cuanto que ellos son inmediatamente los beneficiados*<sup>20</sup>.

La piedra angular de esta experiencia periodística se halla, sin duda, en la cabal conciencia que poseían Lucas Fernández y sus colaboradores de que el camino hacia la integración de los afroargentinos a través de un actor político, tan formidable, no tenía precedentes en el mundo. De allí su recurrente prédica sobre la trascendencia de poseer un órgano propio para que el mensaje llegara a innumerables destinatarios. Propendiendo así, a que ningún afroargentino, dejara de recibir instrucción con el fin de ejercer los derechos civiles que les confería la Constitución. Y, de ese modo, sumarse a la construcción de la figura identitaria de civilización que a la postre, sería la encargada de vertebrar el proceso de configuración de la identidad nacional.

Estas altruistas aspiraciones se vieron frustradas, momentáneamente, con el cierre inesperado de *El Proletario*. En esa oportunidad, Lucas Fernández, explicitaba las razones por las cuales había incursionado en el azaroso mundo del periodismo: *"no he tenido más móvil que me haya hecho empuñar la pluma que el bien y prosperidad de las familias de color; porque estoy profundamente convencido que ellas necesitan una mano amiga y de su propio gremio, que les ensanche el camino de la prosperidad, a que aspira todo aquel que se siente iluminado por la razón y tiene en su corazón un sentimiento de unidad, y en su mente un rayo de luz natural que Dios ha dado al hombre"*. Creyó propicia la ocasión,

también, para dirigirse al conjunto de la opinión pública para recalcarle la importancia de la empresa en que se hallaba comprometido: *"terminaré diciendo, que sin envanecerme, confío en que la indulgencia de la gente ilustrada y sensata, sabrá apreciar mis esfuerzos, porque ellos tienden al bien de la humanidad, a la consolidación del edificio social, haciendo o propendiendo a que sea una efectibilidad la realidad práctica de los derechos e inmunidades del ciudadano de color. Por eso he asumido el rol de centinela de los sagrados derechos e intereses de nuestro gremio, que con el mayor sentimiento dejo temporalmente"*. Resulta evidente que este actor político había contribuido a la "consolidación del edificio social" a través de las imágenes de "integración" y "señalización", pues siempre apeló al consenso y a indicar aspectos seleccionados de la realidad que beneficiaban a los afroargentinos, tales como la igualdad, la educación, la civilización.

En síntesis, hemos procurado contribuir a la recuperación de *"la memoria olvidada"* yendo *"tras las huellas de un periodismo desaparecido"* que, sin duda alguna, nos va a posibilitar desde el campo de la comunicación aportar una nueva mirada que esta vez ayudará a socavar la "memoria hegemónica" que nos impide apropiarnos de nuestro verdadero pasado periodístico.

<sup>20</sup> *El Proletario*, 18 de abril de 1858, pp. 1, col. 1.